



ANTE EL DESMORONAMIENTO DE LAS EVIDENCIAS, LA GENERACIÓN DE UN SUJETO

Apuntes de la intervención conclusiva de Julián Carrón
en los Ejercicios espirituales de sacerdotes.
Pacengo del Garda (Verona), 5 de noviembre de 2014

**Apuntes de la intervención conclusiva de Julián Carrón en los Ejercicios espirituales de sacerdotes.
Pacengo del Garda (Verona), 5 de noviembre de 2014**

Me he levantado esta mañana con la urgencia de pedir al Espíritu por todos nosotros, porque solo Él nos puede dar la apertura, la capacidad de conocer que nos permite reconocer cómo están realmente las cosas. Sin esta conciencia, no es que no actuemos o no tomemos la iniciativa –porque cada uno de nosotros se mueve en cualquier caso por una cierta percepción que tiene de las cosas, por una urgencia que ve–, pero lo que hacemos no tiene ninguna incidencia. Por ello, ayudarnos mutuamente a tener una mirada verdadera sobre la realidad, sobre las circunstancias que vivimos, es el primer gesto de amistad que nos ofrecemos para vivir, para vivir nuestro ministerio, para vivir delante de las necesidades del mundo.

UNA PERCEPCIÓN DISTINTA DE LA REALIDAD

El primer regalo que nos hizo don Giussani, por el que comenzó a generar la historia a la que pertenecemos, fue su percepción de la realidad. Pensemos en la conversación con los chicos en el tren o con los estudiantes que se acercaban a él para confesarse, cuando iba los fines de semana a la parroquia de la calle Lazio, en Milán, a comienzos de los años 50. Al conversar y al confesar tuvo una percepción clara de cuál era la situación, y por eso decidió cambiar todo, también su futuro académico, llegando incluso a trastocar en cierto modo lo que habían pensado para él sus superiores: lo hizo para responder a una urgencia que se le había presentado con claridad. Comenzó partiendo de esto. En una situación como la que vivía la Iglesia ambrosiana en los años 50, en la que no había especiales problemas de ortodoxia y en la que todo se transmitía pacíficamente, su mirada captó –por gracia– una cuestión decisiva, con una capacidad impresionante para leer los signos de los tiempos, unos signos que casi nadie veía. Lo que ahora resulta evidente para todos, por las consecuencias que hemos visto y vemos, al principio solo era reconocido por algunos, como pasa siempre. Al genio le bastan unos pocos indicios para extraer una conclusión general. Esta es la genialidad del Espíritu, que puede dar a uno la gracia para que empiece a comprender. A lo largo de su vida, don Giussani nos ofreció muchos ejemplos de esta mirada distinta, distinta de la de los demás y distinta también de la nuestra, hasta el punto de que nos sorprendía incluso a nosotros mismos.

¿Qué es lo que no marchaba en aquellos años? La doctrina, que se transmitía de forma ortodoxa, ya no penetraba en la vida, no se convertía de nuevo en experiencia. Don Giussani dio vida al movimiento justamente para empezar a responder a esta necesidad. Y para ello empezó poniendo en el centro el tema de la experiencia, porque sin ella –es decir, si la doctrina no entra en la vida, si no se convierte en experiencia– no podemos comprender la naturaleza de la fe. Desde el principio puso en

el centro la experiencia: «No estoy aquí para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy, sino para enseñaros un método verdadero de juzgar las cosas que os voy a decir» (*Educare es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19). Es decir, no he venido para convencerlos de nada, sino para daros un instrumento que os permita hacer experiencia y convencerlos vosotros mismos, esto es, para que vuestra personalidad se genere a través de la comparación constante entre lo que vivís y los criterios que sorprendéis dentro de vosotros al implicaros en la verificación de la propuesta que recibís.

**UNA DEBILIDAD DE CONCIENCIA,
COMO SI YA NO EXISTIESE NINGUNA EVIDENCIA REAL**

Pero en un momento dado, muchos años después del comienzo del movimiento, don Giussani se dio cuenta de que, sobre todo en la vida de los jóvenes, estaba sucediendo algo nuevo, que no se manifestaba –como muchos podríamos pensar– en una especie de incoherencia ética. Esto no sería nada. Él comprendió que el problema de los jóvenes de los años 80 no era una debilidad en la coherencia, no era solo una fragilidad moral: «Creo que la diferencia estriba en que ahora se da una mayor debilidad de la conciencia; una debilidad que no es ética, sino de la energía de la conciencia. [...] Es como si [hoy] no existiese ninguna evidencia mas que la moda, porque la moda es un proyecto del poder» (*L'io rinasce in un incontro. 1986-1987*, BUR, Milán 2010, pp. 181-182).

Esta disminución de la evidencia creció exponencialmente en los años sucesivos, y sigue creciendo en la actualidad. Hoy podemos comprender con mayor claridad el alcance de unas palabras del entonces cardenal Ratzinger que citamos al hablar de Europa: «En la época de la Ilustración [...] en la contraposición de las confesiones y en la crisis correspondiente de la imagen de Dios, se intentaron mantener los valores esenciales de la moral por encima de las contradicciones y buscar una evidencia que los hiciese independientes de las múltiples divisiones e incertezas de las diferentes filosofías y confesiones. De este modo, se quisieron asegurar los fundamentos de la convivencia y, más en general, los fundamentos de la humanidad. En aquel entonces, pareció que era posible, pues las grandes convicciones de fondo surgidas del cristianismo en gran parte resistían y parecían innegables [...]. La búsqueda de una certeza tranquilizadora, que nadie pueda contestar independientemente de todas las diferencias, ha fracasado» (*L'Europa di Benedetto e la crisi delle Culture*, LEV-Cantagalli, Roma-Siena 2005, p. 61-62).

De hecho, como escribía también el cardenal Ratzinger en 1998, «el desmoronamiento de antiguas certidumbres religiosas, que hace setenta años parecía que todavía se mantenían en pie, ha llegado entretanto a hacerse realidad en muchas partes.



Y así, el temor a un desmoronamiento de los sentimientos humanitarios ha llegado a ser en general más intenso y universal» (*Fe, verdad, y tolerancia*, Sígueme, Salamanca 2005, p. 125). Por ello, cuando hablamos de «desmoronamiento de las evidencias» —como hicimos con ocasión de las elecciones europeas—, estamos indicando algo que caracteriza profundamente nuestro contexto histórico. Giussani no se dejó confundir por las consecuencias. Tal desmoronamiento, de hecho, lleva consigo una serie de consecuencias éticas y morales, pero él identifica claramente su origen: ya no existe ninguna evidencia real. El hecho de que nos cueste darnos cuenta de esto refleja hasta qué punto participamos también nosotros de esta situación. En su origen se halla una reducción del hombre, de sus capacidades fundamentales, que le lleva a dejar de reconocer la evidencia. Esta reducción —dice don Giussani— se afirma por la influencia del poder. El ataque fundamental que lleva a cabo el poder está dirigido al “yo”, es una reducción del “yo”, del deseo, de la capacidad de la razón para reconocer la realidad. Tal vez nosotros estemos más definidos por el poder de lo que pensamos, y la dificultad para reconocer el tipo de desmoronamiento que caracteriza nuestro tiempo es su primer signo. El poder puede dejar que nos distraigamos con otras cosas, porque, en el fondo, como no percibimos ni comprendemos el origen de todo, de dónde vienen todas las consecuencias negativas que vemos, no le damos ningún problema con nuestro hacer.

Un amigo me ha recordado a propósito de esto una frase de Chesterton: «Lo malo no es que los sabios no vean la respuesta, sino que no ven el enigma» (*Ortodossia*, Edizioni Mattello, Milán 1988, p. 49), es decir, no se dan cuenta del problema, no ven la evidencia, y entonces es difícil comprender todo lo demás. Y esto, dicho entre paréntesis, no es un problema de posiciones eclesísticas progresistas o conservadoras, sino de una mirada sobre la realidad que afecta a todos. Por

otra parte, es el mismo problema que tenía Jesús con los fariseos: cuando insistían con tanta pertinacia en la ética, ¿por qué lo hacían? Porque no comprendían la naturaleza del problema, y por consiguiente podían conformarse con insistir en la ética. El pelagianismo en el que muchas veces nos vemos inmersos es consecuencia de que no nos damos cuenta de la naturaleza del problema humano; por eso podemos afanarnos en realizar múltiples intentos de solución, sin tocar mínimamente el fondo de la cuestión. A veces, Jesús aparece ante nuestros ojos como un ingenuo, y nos escandaliza. Cuando dice: «Mirad que, en el fondo, este no es el problema», nos escandaliza a todos: «¡Pero, ¿cómo?! ¿Cómo es posible que a Jesús le parezca más importante ir a comer a casa de Zaqueo que darle una lección de moral?». La actitud de Jesús nos descoloca a todos. «Pero, ¿cómo es posible?».

Jesús tiene una percepción distinta de la cuestión, una percepción verdadera. ¿Cuánto tiempo necesitaremos para comprenderlo? En nuestra historia ha sucedido algo parecido. Don Giussani vio ciertas cosas desde el principio, pero hizo falta mucho tiempo para que se nos hicieran evidente también a nosotros, y ahora lo es para todos. No es un problema de posicionamientos, de discusiones o de dialéctica. Creer que podemos resolver la cuestión con la dialéctica forma parte de la incapacidad para reconocer las evidencias, las evidencias “más evidentes” —perdonad el juego de palabras—, de la incapacidad para captar lo que sucede, en qué consiste el desmoronamiento que nos está afectando. Si no nos damos cuenta de esto, no podemos esperar responder adecuadamente al desafío, aunque nos empeñemos de mil modos.

UNA REDUCCIÓN DE LA CAPACIDAD DE MIRAR

La reducción afecta a la percepción de la condición humana en su conjunto, de lo humano en cuanto tal. Si no nos damos cuenta de ello, nos decía don Giussani, es debido a >>>

» la influencia que ejerce el poder sobre nosotros, que reduce nuestra capacidad de mirar la realidad. Tal influencia no reduce ante todo nuestra capacidad ética, de coherencia, sino la capacidad de mirar. La consecuencia es una conciencia reducida de lo que sucede. Por eso me asombra tanto ese pasaje de Giussani que cité en los Ejercicios de la Fraternidad (cf. J. Carrón, «*Prosigo mi carrera para alcanzarlo*», supl. de *Huellas*, n. 5/2014, p. 32): «Si estamos tan vergonzosamente divididos [en nuestro interior], tan fragmentados, que es imposible la unidad incluso entre hombre y mujer, y no nos podemos fiar de nadie; si somos tan cínicos con todo y todos, y estamos tan faltos de amor a nosotros mismos [como si estuviésemos separados de nosotros mismos], ¿cómo podremos sacar algo de este fango para reconstruir nuestros muros abatidos? ¿De dónde podremos sacar el cemento para construir nuevos muros? [...] Debido a nuestra condición de heridos, no podemos decir: “¡Pongámonos a reconstruir nosotros lo humano!” Si estamos vencidos, ¿cómo podremos vencer? [...] Es necesario que venga alguien de fuera – *debe venir desde fuera* [desde fuera de nuestros pensamientos, de nuestra capacidad reducida de mirar; debe venir alguien desde fuera, para nosotros, ahora, no para nosotros antes de que empezásemos a vivir el cristianismo, no para los que todavía no son cristianos, sino para nosotros, que ya somos cristianos]– a reconstruir los muros de nuestra casa destruida. [...] Esta es la dificultad mayor que se tiene ante [...] el cristianismo auténtico: su afirmación de que el hombre solo llega a ser él mismo mediante *algo diferente* – que viene de fuera –» (L. Giussani, «Es siempre una gracia», en *Está, porque actúa*, Encuentro, Madrid 1994, pp. 59-61).

Y, como dice Giussani, esto «no gusta»: atención, ¿no nos gusta a nosotros! Percibimos en nosotros una resistencia, porque cada uno pretende tener ya las ideas claras. Pensemos en ciertas conversaciones entre nosotros: cada uno tiene su juicio sobre la situación, sobre lo que habría que hacer, todos lo sabemos, y nosotros los curas más que los demás! Por eso, que sea algo distinto, algo que viene de fuera, lo que reconstruye nuestros muros caídos, no nos gusta, «porque [...] da espacio a algo que no corresponde a nuestra fantasía y a nuestra imagen de experiencia, que parece abstracto en su pretensión. [De este modo] [...] nos quedamos [esta frase deberíamos memorizarla] en una aspiración que es impotente para remediar las cosas o en *una pretensión fraudulenta*, falaz, es decir: *identificamos el remedio con nuestra propia idea* [sea cual sea la imagen que se hace cada uno] y [con nuestra] *voluntad de remediar* [nos hacemos una imagen y nos entregamos a nuestra voluntad de remediar llevando adelante lo que tenemos en la cabeza]. Así es como nace el “discurso” sobre los valores morales, porque el discurso acerca de los valores mo-

rales implica la idea subyacente de que el remedio contra la disolución viene de la fuerza de la imaginación y de la voluntad del hombre: “¡Juntos pondremos remedio!”» (*ibidem*, p. 61).

CRISTO HA VENIDO PARA DESPERTAR NUESTRA CAPACIDAD DE CONOCER LA REALIDAD

Si no nos ayudamos a salir de nuestras imágenes y de nuestros pensamientos, si no dejamos de empeñarnos en realizarlos con nuestras acciones, no podremos responder al desafío actual. La situación que describe don Giussani es la misma que nos recuerda la Iglesia a lo largo de su historia: «Los preceptos de la ley natural [es decir, las evidencias más grandes para el hombre] no son percibidos por todos sin dificultad, con firme certeza y sin mezcla alguna de error [a causa de la

reducción de nuestro “yo” que también nosotros vivimos]. En la situación actual, la gracia y la Revelación son necesarias al hombre pecador para que las verdades religiosas y morales [es decir, las evidencias] puedan ser conocidas “por todos y sin dificultad, con una firme certeza y sin mezcla de error”» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1960). Esta es la situación: lo afirmaba ya en el siglo XIX el Concilio Vaticano I al hablar del conocimiento de Dios, y se retomó luego en el Catecismo. Por eso, en un documento sobre el mismo tema, la Comisión teológica internacional declara: «Es necesario ser modesto y prudente cuando se invoca la “evidencia” de los preceptos de la ley natural» (Comisión teológica internacional, *En busca de una ética universal: nueva perspectiva sobre la ley natural*, 2009, n. 52). Esta condición se ha agrava-

vado por influencia de la secularización, y por eso la condición del hombre contemporáneo está caracterizada precisamente por el derrumbe de las evidencias.

Por lo tanto, don Giussani no estaba distraído cuando, para responder a esta situación, nos comunicó el cristianismo, no para convencernos de sus ideas, sino para que pudiésemos ver de nuevo la realidad tal como es; nos dijo que Cristo había venido para despertar en nosotros el sentido religioso, para despertar nuestra capacidad de conocer la realidad. Si no nos damos cuenta de esto, acabaremos taponando aquí y allá algunas de las consecuencias, pero sin ayudar realmente al hombre a ver. La situación ha cambiado radicalmente: no es que las personas vean la evidencia y la nieguen –porque sean malas o estén cerradas–, es que no la ven, y esto forma parte del decaer de lo humano que tenemos delante constantemente. Si nosotros podemos decir que vemos, es únicamente porque somos cristianos, porque el hecho de Cristo nos vuelve a poner en condiciones de ver. Si no fuera así, también nosotros pensaríamos como todos. No debemos entonces recriminar al otro porque no ve –lo podemos hacer, ¡pero es inútil!–: es necesario ofrecer al otro una

Ya no existe ninguna evidencia real. El hecho de que nos cueste darnos cuenta de esto refleja hasta qué punto participamos también nosotros de esta situación. En su origen se halla una reducción del hombre

ayuda real para que pueda salir de esta situación de bloqueo y pueda ver de nuevo la realidad.

Me ha impresionado mucho una observación del cardenal Scola, contenida en una entrevista publicada en *la Repubblica* durante los días del Sínodo sobre la familia. Me parece preciosa para nosotros y por eso os la propongo. Al hablar de la situación actual en la que se encuentra la Iglesia, dice: «La confrontación con la revolución sexual [como intento último del individuo de salvarse a sí mismo, según las imágenes que cada uno se puede construir] es un desafío no inferior al que supuso la revolución marxista» (A. Scola, «El no a los divorciados permanece, pero no es un castigo, y en cuanto a los homosexuales, la Iglesia ha sido lenta», entrevista a cargo de Paolo Rodari, *la Repubblica*, 12 octubre 2014, p. 19). Son dos intentos de procurarse la salvación por uno mismo, uno a nivel individual y otro a nivel social.

Frente a este nuevo desafío, que implica a la Iglesia y nos implica a nosotros, podemos encontrar en nuestra historia un recurso para poder afrontarlo (me refiero a la vida del movimiento, a lo largo de la cual nos ha acompañado don Giussani). Sin embargo, a veces tengo la impresión de que, como no hemos aprendido lo suficiente de esta historia, repetimos algunos errores del pasado. Y me asombra que no hayamos captado todavía en toda su densidad lo que dijimos en la primera lección de los Ejercicios de la Fraternidad, justamente al releer nuestra historia: cómo afrontó don Giussani el desafío de la revolución marxista en el 68 y cómo juzgó nuestro intento de responder a ella. Como no lo hemos hecho nuestro, podemos repetir los mismos intentos y los mismos errores.

UNA INSEGURIDAD EXISTENCIAL QUE NOS LLEVA A BUSCAR EL APOYO EN LAS COSAS QUE HACEMOS

Don Giussani decía que, detrás de nuestros intentos por responder a la situación, existía «una concepción eficientista del compromiso cristiano, con tintes de moralismo». Algo más que tintes: ¡una completa reducción a moralismo! [porque, en el fondo, no entendíamos de qué se trataba] [...]. Segunda consecuencia [...] [es] la incapacidad para dotar al discurso de dignidad cultural, para madurar la propia experiencia cristiana hasta que se convierta en un juicio crítico y sistemático, y por tanto, en sugerencia de modalidad de acción. [...] Tercera consecuencia: la infravaloración teórica y práctica de la experiencia de la autoridad» («La larga marcha de la madurez», *Huellas*, n. 3/2008, pp. 37-39).

En opinión de don Giussani, ¿por qué sucedía esto? Sucedió debido a una ingenuidad, «la ingenuidad del hombre que dice: “Ahora voy yo a poner las cosas en su sitio” [...] ¡Qué melancolía!» (*ibidem*, p. 38). Qué melancolía, verdaderamente,

porque muchos de aquellos intentos nacían y nacían –también hoy lo podemos constatar– «de una inseguridad existencial, es decir, de un miedo profundo, que nos hace buscar el apoyo en las cosas que hacemos. Esta observación, que ya hicimos una vez, es de capital importancia. Uno que está lleno de inseguridad, o que tiene en el fondo un miedo y un ansia existencial, busca la seguridad en las cosas que hace: la cultura y la organización. [...] Es una inseguridad existencial, es un miedo de fondo, lo que nos hace concebir como punto de apoyo, como razón de nuestra consistencia, las cosas que hacemos en el ámbito cultural y organizativo». Pero lo más terrible es lo que observa a continuación: de este modo, todo lo que hacemos, «las actividades culturales y organizativas no llegan a ser expresión de una fisonomía nueva, de

un hombre nuevo», porque son signos de nuestro miedo existencial. De hecho, continúa Giussani, «si fuesen la expresión de un hombre nuevo, podrían incluso no existir, si las circunstancias no lo permitieran, pero ese hombre se mantendría en pie. Mientras que, en cambio, mucha gente nuestra aquí presente, si no existiesen estas cosas, no se mantendría en pie, no sabría para qué está aquí, no sabría a qué adherirse: no se mantiene, no tiene consistencia, porque la consistencia de mi persona es la presencia de Otro» (*Uomini senza patria. 1982-1983*, BUR, Milán 2008, pp. 96-97).

Si no custodiamos esta historia, aunque sigamos realizando iniciativas, actuando, moviéndonos, no tocaremos el origen último de la cuestión. Nos quedaremos, como nos recuerda don Giussani, en la ingenuidad.

¿Cuál es la clave de nuestra contribución original? ¿Con qué identifica Giussani la misión de Cristo? Cristo no ha venido a resolver los problemas del hombre, sino a educar su sentido religioso, es decir, a despertar el “yo”

PROFUNDIZAR EN LA NATURALEZA DEL SUJETO QUE AFRONTA LOS PROBLEMAS

Retomando la experiencia del Evangelio, Giussani subraya que la persona, la persona reducida por el poder, «vuelve a hallarse a sí misma [solo] en un encuentro vivo, ante una presencia con la que se topa y que ejerce un atractivo» (L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro. 1986-1987*, op. cit., p. 182). Si esto no sucede, todos nuestros intentos por responder a los nuevos desafíos, a esta reducción que lleva a que el hombre se conforme con las imágenes que se construye de sí mismo, según una forma que puede ser distinta a la de la revolución precedente, no obtendrán resultado alguno. Si el hombre no vuelve a hallarse a sí mismo, lo único que conseguirá con sus esfuerzos por resolver el problema es salir aún más reducido. Podemos ver perfectamente la incapacidad de muchos contemporáneos nuestros para captar la naturaleza del “yo” y por tanto para responder a sus exigencias últimas.

¿Qué hace Jesús para despertar al hombre, para liberarlo de esta situación? Sale al encuentro de las personas, pone ante ellos una presencia humana no reducida –Su presencia–. Porque >>>

» solo al toparse con Él, con Su presencia, con la conciencia clara que Él tiene de sí mismo, con Su capacidad de darse cuenta de la densidad y de la espera del corazón, puede despertarse la humanidad del hombre, la percepción del alcance de su exigencia, y este puede, por consiguiente, no perder el tiempo buscando soluciones que no son capaces de responder adecuadamente. Por eso, Giussani insiste en que «la solución de los problemas que plantea la vida cada día “no se produce afrontando directamente los problemas, sino profundizando en la naturaleza del sujeto que los afronta”» (en A. Savorana, *Vita di don Giussani*, BUR, Milán 2014, p. 489), es decir, profundizando en la naturaleza del “yo”, en la naturaleza del propio deseo. No está diciendo algo banal, porque solo si el “yo” se da cuenta de sí mismo con esta profundidad podrá liberarse de todas las presuntas soluciones y las estupideces que tiene en la cabeza, como nos sucede también a nosotros.

En este punto, nos encontramos ante el mismo problema que había identificado con claridad Romano Guardini: nosotros podemos incluso decir que «es Cristo quien despierta nuestra humanidad», pero la cuestión es: «¿Quién protege a Cristo de mí mismo? ¿Quién le mantiene libre de la astucia de mi “yo” [de una reducción obrada por mí], que quiere huir del verdadero don de sí mismo? La respuesta es: la Iglesia» (R. Guardini en H.B. Gerl, *Romano Guardini. La vita e l'opera*, Morcelliana, Brescia 1988, p. 45). La Iglesia, que nos alcanza en esta época, de forma particular, a través del carisma. Entonces, si no nos damos cuenta de quién salva a Cristo y al carisma de nosotros mismos, perdemos por el camino a Cristo y al carisma.

LA RESPONSABILIDAD QUE TIENE CADA UNO CON RESPECTO AL CARISMA

Por eso es siempre un bien volver a la famosa intervención de don Giussani *El mayor sacrificio es dar la vida por la obra de Otro* (en *Huellas*, n. 6/1992, pp. I-IV). En ella nos ofrece los instrumentos necesarios para nuestro camino. Nos dice que el carisma se le ha dado a él por gracia, pero debe pasar a todos nosotros, para que nuestra vida se vea abrazada por él. «Cada cual tiene la responsabilidad del carisma; cada cual es causa del declive o del incremento de la eficacia del carisma [...]. Por eso, este es un momento en el que es esencial tomar conciencia de la gravísima responsabilidad que tiene cada uno, como urgencia, lealtad y fidelidad. Es el momento de que cada uno asuma su responsabilidad con el carisma», porque «oscurecer o disminuir [esto] [...] quiere decir oscurecer y disminuir la intensidad de la incidencia que tiene la historia de nuestro carisma en la Iglesia de Dios y en la sociedad de hoy». Pero en el intento de que llegue a ser nues-

tro (y no podemos no desear esto), en la «versión personal que cada uno da del carisma al que ha sido llamado y al que pertenece, [...] cuanto más responsable se va haciendo uno de este carisma, más pasa este a través de su temperamento, a través de esa vocación irreductible en la que consiste la persona misma». Por su concreción histórica, cada uno puede hacer del carisma lo que quiera: «reducirlo, hacer de él una lectura parcial, acentuar ciertos aspectos menoscabando otros (convirtiéndolo así en algo monstruoso), plegarlo al propio gusto vital o al propio cálculo, abandonarlo por negligencia, testarudez o superficialidad o dejar que revista acentos en los que nuestra persona se encuentre más a sus anchas, más a su gusto, y le cueste menos esfuerzo» (*ibidem*).

Pues bien, esta es «la gran cuestión: cada uno de nosotros, en todos sus actos, en cada una de sus jornadas, cada vez que se pone a imaginar, cada vez que se propone algo o que se pone a actuar, debe preocuparse de confrontar los criterios de su obrar con la imagen del carisma tal y como brotó en los orígenes de la historia común. [...] El hecho de confrontarse con el carisma es la mayor preocupación que se debe tener desde el punto de vista del método, la práctica, la moral y la pedagogía a seguir. De no ser así, el carisma se convierte en pretexto y motivo para hacer lo que uno quiere; encubre y respalda algo que queremos nosotros» (*ibidem*).

Precisamente para limitar esta tentación, que él reconocía presente en cada uno de nosotros, don Giussani nos indicaba: «Debemos hacer que la comparación con el carisma, como corrección y continuo resucitar del ideal, llegue a ser un comportamiento normal. Tenemos que hacer de esa comparación un hábito, *habitus*, una virtud. Esta es nuestra virtud: comparar todo con el carisma original». Decía esto en 1992, y añadía: «Hoy por hoy, es la comparación en última instancia con esa persona determinada con la que todo ha comenzado [es decir, él mismo]. Yo puedo desaparecer, pero los textos que dejo y la continuidad ininterrumpida –si Dios quiere– de las personas indicadas como punto de referencia, como interpretación verdadera de lo que ha sucedido en mí, quedan como instrumento para corregir y suscitar de nuevo; se convierten en el instrumento de la moralidad. La línea de personas indicadas como referencia es lo más vivo del presente, porque un texto puede también interpretarse; es difícil interpretarlo mal, pero puede ser interpretado. Dar la vida por la obra de Otro implica siempre la existencia de un nexo entre la palabra “Otro” y algo histórico, concreto, tangible, sensible, que puede describirse y fotografiarse, con nombre y apellidos. Sin esto se impone nuestro orgullo, este “sí” efímero, pero efímero en el peor sentido del término. Hablar de carisma sin historicidad es no hablar de un carisma católico» (*ibidem*).

La experiencia cristiana vivida de verdad hace que el “yo” sea libre de todos los intentos parciales, hace que desborde de gozo y de plenitud. Lo que más impresiona no es tener una opinión distinta sobre las cosas, sino la humanidad verdadera con la que uno se topa



Esta comparación es crucial para nosotros, pues en caso contrario estamos abandonados a nuestra suerte. Sucede lo mismo con Cristo: ¿quién salva a Cristo de nosotros mismos? ¿Quién salva al carisma de nosotros mismos? Porque, al final, con las mismas palabras podemos cocinar distintos guisos, con la misma Biblia se pueden crear muchas denominaciones cristianas distintas, como podemos ver.

Aquí se juega nuestra capacidad de estar frente a los nuevos desafíos con la potencia del carisma que se nos ha entregado. ¿Y cuál es el punto decisivo de nuestra contribución original? ¿Con qué identifica Giussani la misión de Cristo? Cristo no ha venido a resolver los problemas del hombre, sino a educar su sentido religioso, es decir, a despertar el “yo”, de modo que pueda estar en la posición adecuada para resolverlos. «Jesucristo no vino al mundo para sustituir el trabajo humano y la libertad humana, o para evitar que el hombre sea probado—condición existencial de la libertad—. Vino al mundo para llevar al hombre hasta el fondo de todas sus preguntas, a su estructura fundamental y a su condición real. [...] No es tarea de Jesús resolver los distintos problemas, sino invitar a que el hombre adopte la posición en la que puede tratar de resolverlos más correctamente. Este esfuerzo le compete al compromiso de cada ser humano concreto, cuya existencia está precisamente en función de ese empeño» (L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, pp. 121-122).

Si el carisma no es capaz de educar gente con capacidad para afrontar los desafíos actuales, no hay esperanza para nosotros. Hoy, por ejemplo, los jóvenes tienen que recorrer el mundo porque no encuentran muchas veces un trabajo adecuado; si el carisma no es capaz de educar personas con capacidad para estar frente a este contexto cultural que ha cambiado, no nos engañemos: no podremos «poner puertas al campo»—como decimos en España— para evitar el problema, no podremos poner una contraseña de acceso a todos los lugares, a todas las puer-

tas. La única esperanza es que se genere un sujeto capaz de estar frente a esta situación justamente por la experiencia de plenitud que el carisma le hace vivir. Si el movimiento no es una experiencia presente, si no está confirmado por ella, si no es el lugar en el que encuentro la confirmación de la verdad de las cosas, terminaremos sucumbiendo. Nos lo recordaba don Braschi al hablar de los primeros cristianos: ¿Cómo podían vivir en ese mundo frente a ciertos desafíos? Únicamente por la conciencia de la gracia que habían recibido.

«NADIE GENERA SI NO ES GENERADO»

Por ello, ante el derrumbamiento de las evidencias, el problema es si es posible generar un sujeto capaz de tener tal conciencia de su naturaleza, de su exigencia humana, que no se deje arrastrar por imágenes reducidas y soluciones parciales que no ofrecen satisfacción alguna. La experiencia cristiana vivida de verdad hace que el “yo” sea libre de todos los intentos parciales, hace que desborde de gozo y de plenitud, mostrando ante todo el mundo una humanidad verdaderamente deseable. De hecho, lo que más impresiona no es tener una opinión distinta sobre las cosas, sino la humanidad verdadera, plena, con la que uno se topa. Uno no se puede sustraer a esta humanidad distinta, cualquiera que sea la latitud en la que se vive, como contaba un joven que ha vivido algunos meses en Texas. Las personas que se relacionaban con él le decían: «Nunca hemos visto una humanidad así». Se repite hoy la misma reacción que tenían ante Jesús sus contemporáneos. Lo que mueve a las personas no son las opiniones religiosas, sino una humanidad verdadera, plena. Luego será necesario dar razón de tal diferencia, pero el primer impacto es el encuentro con una humanidad verdadera, no reducida.

¿Qué tenemos que vivir para poder educar a un sujeto capaz de afrontar la realidad? Volvamos al punto inicial: «Nadie genera si no es generado» (L. Giussani, «La alegría,»

» la “leticia” y la audacia. Nadie genera si no es generado», *Huellas*, n. 6/1997, p. IV), es decir, si no se deja generar ahora por el carisma, por esa historia que constantemente nos ofrece todos los instrumentos necesarios para hacer el camino. Don Giussani ha sido una gracia para nosotros porque no ha tenido más preocupación que esta generación, como si hubiese previsto la situación en la que vivimos, que va a peor. Los demás se preocupaban de otras cosas, justas todas ellas, pero daban por descontado el sujeto que tenía que afrontar los problemas. Don Giussani ha dado toda su vida para que se produjera esta generación del “yo”, de la que nosotros somos testigos.

Seremos fieles al carisma, el carisma podrá subsistir en la historia, si crece esta capacidad del movimiento de generar adultos como él, en los que desborde tanto la presencia de Cristo, que vivan con tal gozo la experiencia de Cristo, que puedan testimoniar delante de todos quién es Él. No hay otro camino, nos dice siempre el Papa Francisco, más que el testimonio de una vida desbordante de Su presencia, de modo que quien nos conozca pueda formar parte de esta plenitud que se nos ha dado a nosotros por gracia, pero que debemos tener continuamente la sencillez de acoger, de recibir, y sin la cual perdemos la relación con la realidad. Por eso, ayudémonos, amigos, sostengámonos mutuamente en esta educación.

La luz que procede de nuestra historia – como ya dijimos en los Ejercicios de la Fraternidad – constituye una ayuda para volver al origen: solo así podremos vivir en este contexto histórico con una mirada diferente y podremos estar presentes en la realidad de forma original. Como nos ha dicho el Papa, si no nos apoyamos en algo esencial – y lo esencial es Cristo –, no podremos evitar espantarnos ante los nuevos desafíos. Lo esencial, la vuelta a lo esencial a la que don Giussani nos reclamaba siempre y a la que nos invita ahora el Papa Francisco, es crucial para nosotros; de no ser así, será difícil ser suficientemente libres para buscar formas y modos nuevos para comunicar la verdad que hemos encontrado, como decía el Papa en su mensaje al Meeting.

GESTOS DE HUMANIDAD NUEVA QUE SUSCITAN UN INTERÉS

Si volvemos siempre a lo esencial, seremos capaces de mostrar ante todos una presencia, una forma nueva de estar en la realidad que permita a las personas que se encuentran con ella superar el malestar profundo que les impide asumir una responsabilidad personal dentro de las circunstancias. Para afrontar con responsabilidad los desafíos actuales debe suceder algo que despierte de nuevo al “yo”, de modo que pueda empezar a mirar las cosas con suficiente claridad y pueda adherirse a lo que de nuevo reconoce como evidente. Si

esto no sucede, no podremos responder, no podremos ofrecer una contribución real a la situación actual.

Nuestra contribución original, aquella por la que don Giussani empezó todo, consiste en reconstruir un sujeto que sea capaz de reconocer la verdad, la evidencia de las cosas, y de adherirse a ella. Esto es lo que vuelve apasionante el momento histórico que estamos viviendo: el hecho de que las personas, al ver en ciertos gestos la evidencia de algo verdadero, aun en medio de la indiferencia general (que es un síntoma de la decadencia del sujeto), empiecen a interesarse, se vean atraídas. «No se construye una realidad nueva a base de discursos o de proyectos alternativos, sino viviendo gestos de humanidad nueva en el presente» (*De la utopía a la presencia. 1975-1978*, Encuentro, Madrid 2013, p. 69), es decir, gestos en los cuales uno

pueda ver, pueda tocar con sus manos lo que le hace ser más él mismo. Y cuando alguien descubre esto, empieza a cambiar. Gestos de humanidad nueva, es decir, de amistad.

Pero una mirada a la altura de lo humano, una compañía que lleva consigo el destino existe solo en virtud de la presencia de Cristo, porque sin la presencia de Cristo no podemos ver ni hacer nada. «Cristo coincide con la experiencia que hago de mí mismo», me decía recientemente un amigo. Esta es la superación del dualismo: Cristo coincide con la experiencia que hago de mí mismo, en mi relación con la realidad. Y se ve que Cristo está presente no porque diga «Cristo» – muchos pueden decirlo –, sino porque vivo una experiencia distinta de mí mismo como capacidad de percibir la realidad y de ser libre, sin estar defini-

do por el contexto que me rodea.

Estamos juntos para esto. Pero debemos tomar una conciencia aún mayor de la naturaleza del desafío si queremos ofrecer una contribución real a la situación presente. Si no es así, trataremos de taponar las consecuencias: podrá resultar útil durante algún tiempo, pero no será lo que cambie de verdad las cosas. Esto quiere decir que necesitaremos tiempo: empecemos a plantar olivos, sabiendo que quizá no veamos nosotros los frutos, salvo en ciertos momentos, en ciertas personas. Justamente por esto resulta todavía más decisivo que sepamos identificar bien la finalidad para la que estamos en el mundo. Don Giussani lo había comprendido a la perfección, mucho antes que otros: Cristo ha venido para despertar al hombre; y que está presente se demuestra porque quien reconoce Su presencia se relaciona con la realidad de forma distinta, vive intensamente cualquier circunstancia que se le da. Solo si hacemos experiencia de esto podremos comunicárselo a los demás, dando las razones de nuestra fe, haciendo que se mueva algo en la razón de las personas con las que nos encontramos. En caso contrario, nuestra contribución será igual a cero.

**Una compañía
que lleva consigo el
destino existe solo en
virtud de la presencia
de Cristo, porque sin
la presencia de Cristo
no podemos ver ni
hacer nada. «Cristo
coincide con la
experiencia que hago
de mí mismo», me
decía recientemente
un amigo**

